# Carta de Argentina
## Otra vez Sarmiento y Rosas

*Juan José Sebreli*

El debate suscitado por el proyecto legislativo sobre el cambio de nombre de un tramo de la avenida Sarmiento por Juan Manuel de Rosas, revivió un viejo antagonismo que parecía olvidado. Estos dos nombres resultan emblemáticos para la interpretación de la historia argentina reducida de manera simplista a las líneas liberal y nacionalista, pero la realidad es más compleja que esta dicotomía tan nítida.

La primera reivindicación de Rosas surgió del propio liberalismo, en la generación del ochenta, con Adolfo Saldías quien, sin embargo, más que antagonismos buscaba una conciliación entre federales y unitarios.

Los orígenes del radicalismo –sus creadores, Alem, Yrigoyen y Alvear descendían de familias rosistas y sus filas estaban nutridas de viejos federales, marginados por los liberales– lo predispusieron a la temprana reivindicación de Rosas: algunos –Ricardo Caballero y Dardo Corvalán Mendilarzu– con campañas públicas, otros –Diego Luis Molinari– con debates históricos.

Este adelanto de los radicales a los nacionalistas, en el rescate de Rosas, tuvo su compensación cuando, después de la caída de Yrigoyen, algunos nacionalistas, que habían sido sus acérrimos enemigos, dieron un giro e iniciaron su rehabilitación, antes que los propios radicales, entonces demasiado abrumados por la derrota. Los hermanos Rodolfo y Julio Irazusta vincularon, además, la figura de Yrigoyen con la de Rosas, cerrando de ese modo el círculo..

La apropiación de Rosas por los nacionalistas y las comparaciones que establecían con el fascismo, entonces en auge, suavizó el rosismo temprano de los radicales virándolo hacia un cauteloso eclecticismo; esa sería la posición de Emilio Ravignani y de Ricardo Rojas, quienes propugnaban conciliar a Rosas y Sarmiento, la síntesis entre federales y unitarios, aunque con una tenue inclinación por los primeros.

Un nuevo avatar sufriría el mito rosista: del caudillo conservador y autoritario, defensor del orden y la jerarquía, restaurador de la tradición colonial que alababan Carlos Ibarguren y los nacionalistas aristocráticos,

se pasaba a la interpretación, en clave populista, de Ernesto Palacio y Manuel Gálvez, este último, en sus exitosas biografías, una denigratoria de Sarmiento, otra apologética de Rosas, complementada con la de Yrigoyen, donde comparaba a éste con el caudillo federal.

La versión populista, destinada a perdurar, de Rosas como líder de masas, antiimperialista y enemigo de la oligarquía, no era más que un mito político sin ningún asidero en la historia real. Rosas nunca se había propuesto atacar los intereses de la burguesía ganadera de la pampa húmeda –a la que pertenecían él mismo y muchos de los participantes de su gobierno– y mantuvo cordiales relaciones con el capital inglés; los comerciantes y diplomáticos británicos eran habituales de los saraos de Manuelita. No debe extrañar que, tras su derrota, haya elegido para refugiarse la embajada inglesa, un barco inglés para huir y la propia Inglaterra, como lugar definitivo de destierro

Después de 1945, Gálvez, Palacio y los forjistas agregarían a las figuras de Rosas e Yrigoyen, la de Perón, inventando la línea histórica tan exitosa en las siguientes décadas. Tanto Yrigoyen como Perón, sin embargo, habían mantenido un cauteloso silencio con respecto a la controvertida figura de Rosas.

La antinomía Sarmiento Rosas difícilmente puede ser identificada linealmente con orientaciones de izquierda o de derecha. Tanto el liberalismo conservador como el socialismo democrático de la primera mitad del siglo, optaban por Sarmiento contra Rosas: así coincidían el centroderecha y el centroizquierda democráticos. Fueron los populismos –el yrigoyenismo y después el peronismo–, los que cambiaron el signo de ambos personajes, mostrando la coincidencia de los nacionalismos, fueran de izquierda o de derecha.

Tras la caída de Perón, la corriente desarrollista, de influencia intelectual en los últimos años cincuenta, era amante de las síntesis integradoras e intentó superar la dicotomía de federales contra unitarios, Rosas *versus* Sarmiento recurriendo, una vez mas, a la vieja fórmula ecléctica de algunos historiadores radicales, Rosas más Sarmiento, aunque con una marcada inclinación por el primero

Para el pensamiento de los últimos años sesenta y los setenta, esta conciliación resultaba demasiado débil y claudicante, y reapareció la línea excluyente nacionalista de Rosas y Perón –Yrigoyen permanecía olvidado– contra los demonizados liberales. José María Rosa y John William Cooke, al frente del Instituto de Investigaciones históricas Juan Manuel de Rosas, se encargaron de la peronización del rosismo, consiguiendo que el líder federal se convirtiera en un insólito ídolo juvenil junto a Evita y el Che.

Sarmiento, por su parte, había sido estigmatizado como introductor de ideas exóticas, un cosmopolita, «cipayo» según la jerga. Él, por cierto, no se hubiera sentido agraviado porque formaba parte de una corriente de intelectuales y políticos del siglo XIX extendida hasta comienzos del XX, en América latina, la Europa Oriental y la Rusia zarista, para quienes el europeísmo u occidentalismo no eran mera frivolidad o esnobismo, sino un modo de luchar contra las tradiciones retrógradas, de superar el atraso cultural, también social y económico, integrarse en el mundo avanzado y estar a la altura de los tiempos.

Para el nacionalismo de izquierda setentista, Sarmiento había despreciado a las masas y masacrado a los gauchos, en tanto Rosas dejaba de ser el terrateniente conservador para transformarse en el líder de una revolución nacional apoyado por las masas populares o en un demócrata de distinto tipo, «la democracia orgánica», término que denunciaba la influencia del fascismo. Ya Juan Pablo Oliver había definido el rosismo como un «socialismo de Estado», categoría que años después divulgaría José María Rosa.

Las diferentes maneras de enfrentar a las masas populares de Rosas y Sarmiento encarnaban las distancias entre el populismo de derecha y el liberalismo democrático. Rosas las adulaba, por razones demagógicas, como el patrón de estancia acostumbrado a tratar paternalmente a los peones. Pero, a la vez, no hacía nada por elevarlas socialmente. Por el contrario, cerraba escuelas (por ejemplo: la que cerró mediante el decreto de 1830, «por ser incompatible con las urgentes atenciones del erario público y por no corresponder sus ventajas a las erogaciones que causa») para mantenerlas en su estado de ignorancia, sumisas y fáciles de manipular.

Sarmiento, en cambio, podía despreciar a las masas en su estado de ignorancia, pero dedicaba sus esfuerzos a educarlas, creando de ese modo, las condiciones para una igualdad de oportunidades, base de toda democracia. Con frecuencia señaló la desidia de las clases dominantes por la educación popular y denunció la injusticia de una universidad gratuíta para los hijos de las clases altas contrapuesta al abandono de las escuelas públicas donde sólo iban los pobres; tema que, por cierto, no ha perdido vigencia.

En mi libro *Crítica de las ideas políticas argentinas* he analizado la búsqueda obsesiva entre intelectuales y políticos argentinos de líneas históricas unívocas e inalterables cuyo desciframiento mostraría una continuidad y unidad, proporcionando las claves del supuesto «ser nacional» : morenistas y saavedristas, unitarios y federales, porteños y provincianos, radicales y conservadores, antiperonistas y peronistas, liberales y nacionalistas, unos y otros encarnarían visiones absolutas, aunque con distinto signo, negativo o positivo según la posición elegida. Eternamente contrapuestos,

estos arquetipos se repetirían a lo largo de la historia argentina, cambiando tan sólo de nombre y de ropaje; se trataba de una historia teleológica de lucha entre el Bien y el Mal que acabaría con la derrota definitiva de éste, en el «fin de la historia». En un deliberado anacronismo se buscaban, en el pasado, las claves para explicar el presente pero ese pasado era, a la vez, interpretado partiendo de los códigos del presente cayendo, de ese modo, en un círculo vicioso.

En esa cosmovisión atemporal, ahistórica y mágica de la realidad humana, el tiempo irreversible era sustituido por el mito del eterno retorno. Los acontecimientos históricos se convertían en hierofanías fulgurantes que restituían el pasado en el presente, ceremonias de transfiguración bajo cuyas formas rituales y simbólicas revivía un momento liminar ocurrido en otra época, y los personajes reales se transformaban en representaciones de ideas y símbolos eternos.

Con la democratización y el retorno de los restos de Rosas, que sucedió, salvo para una minoría de descendientes y adeptos, en medio de la mayor indiferencia, parecía que esta forma de concebir el pasado estaba definitivamente muerta. Sin embargo, la tentación de sustituir la historia real por el mito, es irresistible y han vuelto a caer en ella algunos legisladores peronistas. Éstos, sin duda, aducirán que quieren superar los antagonismos para lograr la «unidad nacional», pero la nación no es un todo orgánico por encima de los grupos humanos, las clases sociales y los individuos que la componen. Esta concepción sería precisamente la de los movimientismos autoritarios y corporativos en las antípodas de la democracia y del sistema de partidos. El consenso que, efectivamente, debe lograrse para que una sociedad sea gobernable no significa la desaparición de las contradicciones, de la diversidad, la disolución de los opuestos en una dudosa armonía. El conflicto no es un obstáculo a superar. Por el contrario, en toda forma de sociabilidad, en toda interrelación humana intervienen, por igual, el conflicto y el consenso, la competencia y la cooperación. El acuerdo político resuelve pacíficamente el conflicto pero no lo suprime porque las partes que acuerdan deben conservar su autonomía y singularidad.

Sarmiento y Rosas fueron enemigos, tuvieron proyectos antagónicos de la sociedad argentina y no es posible unirlos hoy en una falsa síntesis póstuma, neutralizándolos al ubicarlos, uno al lado del otro, en la vitrina del museo o en los carteles de las calles, convertidos en objetos culturales, despojados de todos su polémico contenido político. Recordar, por el contrario, las diferencias insalvables entre ambos no significa caer en el mito del eterno retorno, antes criticado. En una situación que es bien actual y

distinta a la de aquellos personajes, optar por uno y rechazar al otro, es mostrar la incoherencia que representa para una sociedad en busca de una dificultosa democratización, celebrar a una dictadura que, como lo viera Karl Vossler leyendo el *Facundo* en 1932, preanunciaba el totalitarismo fascista.

Sarmiento y Rosas no encarnan arquetipos de una ontología nacional inmutable al paso del tiempo; los términos de «civilización y barbarie», podrán parecer anticuados pero trataban de representar valores que hoy siguen tan vigentes y controvertidos como entonces –democracia, libertad, justicia, modernidad– cuyo alcance es universal y trascienden, por lo tanto, los estrechos límites de lugares y épocas.

La ley del
DESEO
un film de ALMODÓVAR

Laberinto de Pasiones